- —Si, con una pared de por medio. Aquí no tendreis miedo de mí.
- —Y sin embargo, me parece que no haga mas que mostraros interés, y sobre todo no he sido tan afectuosa hace una hora, cuando no había una pared entre nosotros.
- -Creo que no sois tímida, Edmunda, porque teneissiempre el recurso de alejar ó atraer á las gentes con vuestras buenas palabras. ¡Ah! bien me habían dicho que todas las mujeres eran embusteras y que no se debía amar á ninguna.
- -¿Quién os ha dicho eso? ¿vuestro tio Juan, vuestro tio Gaucher, ó vuestro abuelo Tristan?
- -Burlaos, burlaos de mí cuanto querais, no es culpa mía si he sido educado por ellos; pero esto no se opone á que pudieran decir alguna vez la verdad.
- -Bernardo, ¿quereis que os diga por qué tenían á las mujeres por embusteras?
 - -Decidlo.
- —Porque empleaban la violencia y la tiranía con seres más débiles que ellos. El que se hace temer se arriesga á ser engañado. Cuando en vuestra infancia os castigaba Juan, ¿no habeis evitado nunca sus brutales correcciones, ocultando vuestras pequeñas faltas?
 - -Verdad es; este era mi único recurso
- —La astucia es, pues, si no el derecho, á lo menos el recurso de las oprimidos ¿No lo conoceis así?

- -Conozco que os amo, y que no hay motivo para que me engañeís.
 - -¡Pero quién os ha dicho que os engaño?
- —Me habeis engañado, porque me habeis dicho que me amábais y no me amábais.
- Os amaba, porque veía que, á pesar de los detestables principios en que habíais sido educado, teníais un corazón generoso, inclinado á la justicia y á la virtud. Y os amo, porque veo que triunfáis de los malos principios, y que vuestras malas inspiraciones son seguidas de las lágrimas de un buen corazón. He aquí lo que puedo deciros delante de Dios y con la mano puesta sobre la conciencia, ahora que os veo tal como sois. Hay otros momentos en que me pareceis tan inferior á vos mismo, que no os conozco y creo no amaros. En vuestra mano está, Bernardo, que no dude nunca ni de vos, ni de mí.
 - -¿Y qué he de hacer para esto?
- —Corregiros de vuestros malos hábitos, abrir los oídos á los buenos consejos y el corazón á los preceptos de la moral. Sois un salvaje, Bernardo, y estad seguro de que no es ni vuestra torpeza en un saludo, ni vuestra ignorancia en devolver un cumplido, los que me chocan en vos; al contrario, esto sería á mis ojos un encanto muy grande, si hubiese ideas elevadas y nobles sentimientos debajo de esa rudeza. Pero vuestros sentimientos y vuestras ideas son como vuestros modales, y esto es lo que no puedo sufrir. Sé

que no es culpa vuestra; pero si os viera decidido á corregiros, os amaría tanto por vuestros defectos como por vuestras cualidades. La campasión arrastra en pos de sí el cariño; pero no amo el mal, no puedo amarlo, y si lo cultiváis en vos mismo en vez de extirparlo, no puedo amaros, ¿Comprendéis esto?

-No.

-¿Cómo no?

-Os digo que no, no conozco que haya mal en mi. Si lo que os choca no es la poca gracia de mis piernas, la poca blancura de mis manos y la poca elegan cia de mis palabras, confieso que no sé qué es lo que halláis en mí que os repugne. He oído malos preceptos desde mi infancia; pero no los he aceptado. Jamás he creido que fuese permitido cometer malas acciones, ó por lo menos no lo he hallado jamás agradable. Cuando he hecho el mal, ha sido obligado por la fuerza. He detestado siempre á mis tios y su conducta. No amo los padecimientos de otros, ni me gusta despojar á nadie; desprecio el dinero, del cual hacían un dios en la Roca de Mauprat; sé ser sóbrio, y bebería agua toda mi vida aunque me gusta el vino, sí creyera necesario, como mis tíos, derramar sangre para proporcionarme una buena comida. Sin embargo, he combatido con ellos; he bebido con ellos; ¿podía hacer otra cosa? hoy que puedo conducirme como quiero,? á quién hago mal? ¿á quién se lo deseo? Vuestro abate que habla de virtud, ¿me tiene por un

asesino y por un ladrón? Así pues, confesadlo, Edmunda, aunque sabeis que soy honrado, aunque no me creaís malo, os desagrado porque no tengo talento, y amáis á Mr. de la Marche porque sabe decir simplezas de que yo me avergonzaría.

-Y si para agradarme, dijo sonriendo, después de haberme escuchado con mucha atención, y sin retirar su mano que había yo cogido por entre la reja, si para ser preferido á Mr. de la Marche, fuese preciso adquirir talento, ¿cómo decís, no lo haríais?

-No lo sé, respondí después de un instante de perplegidad; tal vez sería bastante loco para hacerlo, porque no comprendo nada del poder que tenéis sobre mí; pero confieso que sería una gran cobardía y una gran locura.

-¿Por qué, Bernardo?

-Porque una mujer que no ama á un hombre por su buen corazón sino por su talento, no vale la pena que yo me tomaría por ella; este es mi parecer.

Edmunda guardó silencio á su vez, y me dijo en seguida apretándome la mano:—Teneis más talento de lo que yo creía, y esto me obliga á ser completamente franca con vos, y á confesaros que tal como sois, y aún cuando cambiáseis, os profeso una estimación y una amistad que durarán tanto como mi vida, estad seguro de esto, Bernardo, á pesar de lo que pueda deciros en un momento de cólera, pues ya sabéis que soy muy viva; esto es de familia. La

sangre de los Mauprat no correrá jamás tan tranquilamente como la de los demás mortales. Contemplad, pues, mi orgullo, ya que sabéis lo que es orgullo; no os justifiquéis jamás conmigo de derechos adquiridos. El amor no se manda, sino que se pide ó inspira, haced que os ame siempre. pero jamás me digáis que estoy obligada á amaros.

-En efecto, me parece justo, respondí; pero ¿por qué me hablais algunas veces como si yo estuviese obligado á obedeceros? ¿Por qué esta tarde me habéis prohibido beber y mandado que estudie?

—Porque si no se puede mandar al amor que no existe, se puede al menos mandar al amor que existe, y como estoy segura del vuestro, por esa razón le mando.

—Está bien, exclamé trasportado de alegría; según eso también tengo el derecho de mandar al vuestro, puesto que me habéis dicho que existía realmente... Edmunda, os mando que me abracéis.

—Soltad, Bernardo, exclamó, me rompéis el brazo. Mirad, me lo habeis desollado contra la reja.

~_¡Por qué os resistís tanto? la dije cubriendo con mis lábios la ligera herida que le había hecho en el brazo. ¡Ah! ¡qué desgraciado soy! ¡maldita reja! Edmunda, si quisieráis bajar la cabeza podría abrazaros... abrazaros como á mi hermana: Edmunda, ¿que tenéis?

-Mi querido Bernardo, respondió, en el mundo en

que vivo, nadie puede abrazar ni aún á su hermana, y en ninguna parte se abraza en secreto. Os abrazaré delante de mi padre todos los días si queréis, pero jamás aquí.

—No me abrazareis jamás, exclamé, volviendo á mi cólera acostumbrada. ¿Y vuestra promesa? y mis derechos...

—Si nos casamos... dijo con cierto rubor, cuand) hayais recibido la educación que os suplico recibaís...

—¡Pardiez! ¿os burláis de mí? ¿se trata de casamiento entre nosotros? De ninguna manera, yo no quiero vuestra fortuna, ya os lo he dicho.

—Mi fortuna y la vuestra no son más que una, respondió Edmunda. Entre parientes tan próximos como lo somos nosotros, lo tuyo y lo mío son palabras sin valor. Jamás se me ocurrirá el pensamiento de creeros codicioso Sé que me amais, que trabajareis en probármelo, y que llegará día que no temeré vuestro amor, porque podré aceptarlo á la faz del cielo y de los hombres.

—Si esa es vuestra opinión, repliqué enteramente distraido de mis salvajes trasportes por la nueva dirección que daba á mis pensamientos, mi posición es muy diferente; pero, á deciros, verdad, es menester que reflexione sobre ella... no había pensado que lo entenderiais así...

-¿Y cómo quereis que pueda entenderlo de otro

modo? replicó Edmunda. ¿Por ventura no se deshonra una jóven soltera entregándose á un hombre que no es su esposo? No quiero deshonrarme, y vos que me amais,tampoco lo deseareis. ¿No es verdad que no quereis hacerme un daño irreparable? Si tuvieseis esa intención seriais mi más mortal enemigo...

—Mirad, ¡Edmunda, repliqué; yo no puedo deciros nada acerca de mis intenciones; jamás las he tenido siniestras respecto de vos. No he tenido más que deseos, y jamás he pensado en vos sin volverme loco. ¿Quereis que me case con vos ¿y por qué? ¡Dios mío!

—Porque una doncella que se respeta á si propia no puede pertenecer á un hombre sin el pensamiento, sin la resolución, sin la certidumbre de pertenecerle siempre. ¿No sabíais esto?

—¡Hay tantas cosas que no sé, ó en las cuales jamás había pensado!

-La educación os enseñará, Bernardo, lo que debeis pensar de las cosas que más os interesan, de vuestra posición, de vuestros deberes y de vuestros sentimientos. No veis claro ni en vuestro corazón, ni en vuestra conciencia. Yo, que estoy acostumbrada á interrogarme sobre todas las cosas, y á gobernarme á mi misma, ¿cómo quereis que tome por maestro á un hombre sometido al instinto y guiado por el azar?

 $-_{\rm i}$ Por maestro! ¡por marido! sí, comprendo que no podriais someter vuestra vida toda entera á un ani-

mal como yo... ¿pero yo no os pedía eso?.. y no puedo pensar en ello sin estremecerme.

—Sin embargo, es menester que penseis en ello, Bernardo, y que penseis mucho, y cuando lo hayais hecho, conocereis la necesidad de seguir mis consejos, y de poner vuestra razon en armonía con la nueva posicion en que habeis entrado al dejar la Roca de Mauprat; cuando hayais reconocido esta necesidad, me lo direis, y entónces tomaremos muchas resoluciones indispensables.

Diciendo esto, retiró dulcemente sus manos de entre las mias, y creo que me dijo buenas noches, pero no lo oí. Quedé absorto en mis pensamientos, y cuando levanté la cabeza para hablarla, ya no estaba allí. Fuí á la capilla, pero tampoco la hallé porque había entrado en su cuarto por una tribuna alta que comunicaba con su departamento.

Volví al jardin y me embosqué en el parque, donde permanecí toda la noche. Mi conversacion con Edmunda me habia lanzado en un mundo nuevo. Hasta entonces no habia cesado de ser el hombre de la Roca de Mauprat, y no habia previsto que pudiese ó debiese cesar de serlo, pues á excepcion de los hábitos que habian cambiado con las circunstancias, yo habia permanecido en el círculo estrecho de mis pensamientos. En medio de todas las cosas nuevas que me rodeaban, su poder real me ofendia, y procuraba dar firmeza á mi voluntad en secreto, á fin de

no aparecer á mis propios ojos como humillado. Creo que con la perseverancia y la fuerza de que estaba dotado nada hubiera podido hacerme salir de este atrincheramiento de obstinación si Edmunda no hubiese intervenido. Los bienes vulgares de la vida, las satisfaciones del lujo, no tenían para mí otro encanto que el de la novedad. El reposo del cuerpo me cansaba, y la calma de aquella casa llena de órden y de silencio, se me hubiera hecho insorportable, si la presencia de Edmunda y el huracan de mis deseos no la hubiese llenado con mis agitaciones, y poblado con mis fantasmas. Ni un solo instante había deseado llegar á ser el jefe de aquella casa; ni el dueño de aquella fortuna, y con placer acababa de oir á Edmunda hacer justicia á mi desinterés. Sin embargo, repugnábame todavía la idea de asociar dos objetos tan distintos, mi pasión y mis intereses.

Erré por el parque, luchando con mil incertidumbres, y sin apercibirme de ello salí al campo. La noche estaba hermosísima. La luna llena derramaba sus torrentes de luz sobre las campiñas, alteradas por el calor del día. Las plantas marchitas se enderezaban sobre sus tallos y cada hoja parecía aspirar por sus poros la húmeda frescura de la noche. Tambien yo sentía esta dulce influencia; mi corazón latía con fuerza pero con regularidad. Hallábame animado de una vaga esperanza; la imágen de Edmunda flotaba delante de mí sobre los senderos de los prados, y

no escitaba ya esos dolorosos transportes, esas fogosas aspiraciones que me habían devorado.

Atravesé un gran páramo donde alguno que otro grupo do arbolitos interrumpía de vez en cuando las verdes y estendidas dehesas. Algunos bueyes echados sobre la menuda yerba, inmóviles, parecían sumergidos en apacibles contemplaciones. Colinas suaves se levantaban hácia el horizonte, y sus grupos aterciopelados parecían jugar en los puros reflejos de la luna. Por la primera vez de mi vida senti las bellezas voluptuosas y las emanaciones sublimes de la no che. Estaba penetrado de no sé que bienestar desconocido, y parecíame que por la primera vez tambien veía la luna, los ribazos y las praderas, Acordábame haber oido á Edmunda que no había espectáculo más hermoso que el de la naturaleza, y admirábame de no haberlo sabido hasta entonces. Por un momento tuve intención de arrodillarme y orar á Dios; pero temia no saber hablarle y ofenderle orando mal. ¿Os confesaré un capricho singular que se me ocurrió como una revelación infantil del amor poético, en miignorancia?

La luna alumbraba tan completamente los objetos, que distinguía en el cesped las menores florecillas. Una margarita que ví inmediata á mí, me pareció tan bella con su gargantilla blanca guarnecida de púrpura, y su caliz de oro lleno de diamantes del rocio, que la cojí y la cubrí de besos, exclamando en

una especie de delirio delicíoso: Eres tú, Edmunda !si aqui estás! ¡ya no huyes de mí! ¡Pero cual fué mí confusión cuando al levantarme ví que tenía un testigo de mí locura! Paciencia estaba de pié delante de mí.

Me disgustó tanto que me hubieran sorprendido en semejante acceso de extravagancia, que por un resto de mis hábitos de cortapiernas, busqué el machete en mi cinto. Pero ya no tenía ni cinto, ni cuchillo. Mi chaleco de seda con bolsillos me hizo recordar que estaba condenado á no degollar ya á nadie. Paciencia se sonrió.

—¡Y bien! ¿qué importa? dijo el solitario con calma y dulzura; ¿creeís que no sé bien lo que es eso? No soy tan simple que no comprenda, ni tan viejo que no vea claro. ¿Quién es el que mueve las ramas de mi tejo siempre que la hija santa se sienta á mi puerta? ¿Quién es el que nos sigue como un lobo á pasos contados por el soto cuando acompaño á la casta doncella á casa de su padre? ¿Y qué mal hay en esto? Ambos sois jóvenes, ambos sois hermosos, parientes, ý si quisieráis, seríais un hombre honrado y bueno, como ella es una doncella inmaculada y virtuosa.

Toda mi furía desapareció al oir á Paciencia hablar de Edmunda. Era tanta la necesidad que tenía de ocuparme de ella, que hubiera escuchado hablar mal de ella, por el sólo placer de oir pronunciar su nom-

bre. Continué mi paseo al lado de Paciencia. El anciano caminaba descalzo; verdad es que haciendo ya mucho tiempo que sus pies habían perdido la cotumbre del calzado, habían adquirido tal callosidad que los ponía al abrigo de todo. Tenía por toda vestimenta un pantalón de lienzo azul que por no tener tirantes caían sobre las caderas, y una camisa grosera. No podía sufrir ningún género de traba en su vestido, y su piel endurecida por la intemperie no era sensible ni al calor, ni al frio; así es que se le vió hasta la edad de ochenta años andar con la cabeza descubierta al sol más abrasador, y con la chupa entreabierta á los aires 'del invierno. Desde que Edmunda cuidaba de cuanto pudiera hacerle falta, había adquirido cierta limpieza. Pero si se toma en cuenta el desórden de su peinado y el ódio que tenía á todo lo que traspasaba los limites de lo extrictamente necesario, podía pasar, salva la impudicicia que siempre había detestado, por el cínico de los antiguos tiempos. Su barba brillaba como la plata.

Su calva era tan reluciente que la luna reflejaba en ella como en el agua. Caminaba lentamente, con las manos detrás de la espalda, la cabeza erguida, como un hombre que vigila su imperio. Pero las más de las veces sus miradas se fijaban en el cielo, é interrumpia su conversación para decir señalándo la bóveda estrellada: ¡Mirad eso!, ¡mirad que hermoso es! Este hombre rústico ha sido el único á quien he visto

admirar el cielo, ó por lo menos el único á quien he visto darse cuenta de su admiración.

—Por qué, maestro Paciencia, le dije. ¿pensáis que sería yo un hombre honrado si quisiera? ¿Luego creeis que no lo soy?

—¡Oh! no os enfadeis, respondió; Paciencia tiene el derecho de decirlo todo. ¡No es el loco del castillo?

—Edmunda por el contrario piensa que sois el sabio.

- ¿Piensa eso la hija santa de Dios? ¡Pues bien! Si así lo cree, quiero obrar como sabio y daros un buen consejo, maese Bernardo Mauprat. ¿Quereis oirlo?

—¡Parece que aquí todo el mundo se mete á aconsejar!¡No importa, escucho!

-Estais enamorado de vuestra prima...

-¡Sois muy atrevido en hacer semejante pre-

—No es una pregunta, es una afirmación. ¡Pues bien! os digo que os hagais amar de vuestra prima y sereis su marido.

-¿Y por qué teneis por mí ese interés, maestro Paciencia?

-Porque sé que lo mereceis.

-¿Quién os lo ha dicho? ¿El abate?

-No.

-¿Edmunda?

—Algo, á pesar de que no está muy enamorada de vos; verdad es que vos teneis la culpa.

-¿Por qué? ¿Paciencia?

—Porque ella quiere que os instruyais, y vos no quereis. ¡Ah! si yo tuviese vuestra edad, y si pudiera sin ahogarme mantenerme encerrado en mi cuarto solamente dos horas al día, y si todos los que yo encuentro se ocuparan en instruirme! Si me dijeran: «Paciencia, esto se ha hecho ayer. Paciencia, esto se hará mañana.» ¡Pero pobre de mi! necesito buscar lo todo yo mismo, y esto es tan largo, que moriré de viejo antes de haber hallado la décima parte delo que quisiera saber. Pero escuchad, tengo además una razón para desear que os caséis con Edmunda.

-¿Cuál? amigo Paciencia.

—Que ese de la Marche no le conviene. Yo se lo he dicho, i pardiez! y á él también, y al abate y á todo el mundo. Eso no es un hombre: huele bien como un jardín pero, prefiero el más pequeño tallo de serpol á él.

—¡Pardiez! tampoco yo le amo; ¿pero y sí Edmunda le quiere, Paciencia?

—Vuestra prima no le ama. Le cree bueno, le cree veraz; ella se engaña, y engaña á todo el mundo. Yo lo sé, es un hombre que no tiene esto. (Paciencia ponía la mano sobre su corazón). Es un hombre que dice síempre que habla: «amo á la virtud, á los desgraciados, á los sábios, á los amigos del género humano»; pues bien, yo, Paciencia, sé que deja morir de hambre á los pobres á la puerta de su castillo. Sé que si se le dijera: «dá tu castillo, come pan negro

dá tus tierras, hazte soldado y no habrá desgraciados en el mundo, el género humano (como tú dices) se salvará, el hombre diría: «¡Perdonad! yo soy señor de mis tierras y no estoy cansado de mi castillo.» ¡Oh! conozco muy bien á esos hipócritas! ¡Qué di ferencia de Edmunda! Vos no sabeis esto. La amais porque es hermosa como la margarita de los prados, y yo la amo porque es buena como la luna que alumbra á todo el mundo. Sí, es tan buena, que dá todo lo que tiene, que no llevaría una sola jova, porque con el oro de una sortija se puede hacer que viva un hombre durante un año. Y si encuentra en su camino un piecceito de niño herido, se quitará su zapato para dárselo y se volverá descalza á casa; y sobre to do tiene un corazón muy noble.

Si mañana toda la población de San Severo saliera en masa á decirle: «Señorita, ya habeis vivido bastante tiempo en la riqueza, dadnos lo que teneis, y trabajad ahora que os toca:—«Es justo, hijos miosles diría, y alegre llevaría los ganados al campo. Su padre era lo mismo; porque sabed que yo he conocido á su padre, tan jóven como ella lo es ahora, y á vuestra madre t mbien. ¡Oh! ¡era una santa mujer, muy caritativa, muy justa! Y vos teneis algo de ella, según dicen.

—¡Ay¹ no, respondí, sobrecogido de entérnecimiento con el discurso de Paciencia. No conozco la caridad, ni la justicia. —Todavía no habeis podido practicarlas, pero sé que están escritas en vuestro corazón. Dicen que soy adivino, y creo que lo soy un poco, porque conozco á un hombre al momento. ¿Os acordais de lo que me dijisteis un día, estando vos con Silvano y yo con Marcasse? ¿No os acordais que me dijisteis que un hombre honrado venga sus agravíos por sí mismo? Pues, á propósito, Mr. Mauprat, si no estais contento con las escusas que os he dado en la torre de Gazeau, es menester decirlo: ya veis, nadie hay aquí, y aunque viejo, tengo todavía el puño tan buenó como vos: podemos darnos algunos golpes, que tal es el derecho de la naturaleza, y aún cuando no apruebo esto, jamás me niego á dar reparación á quien me la pide.

Sé que hay hombres que moririan de pesar, si no se vengaran; y yo mismo que os estoy hablando he necesitado más de cincuenta años para olvidar una afrenta que recibí .. y cuando en ella pienso, todavía se despierta mi odio contra los nobles, y considero un crimen haber podido perdonar en mi corazón á algunos.

—Estoy plenamente satisfecho, maestro Paciencia, y en vez de guardaros rencor, os profeso la amistad más sincera.

—¡Ah! ¡bien me lo decía el corazón! Pues bien, si sois mi amigo, Mauprat, haced lo que os diga: seguid los consejos del abate que es un justo. Procurad complacer á vuestra prima, que es una estrella del firmamento. Conoced la verdad; amad al pueblo; detestad á los que le detestan; estad dispuesto á sacrificaros por él. ¡Escuchad! ¡escuchad! yo sé lo que digo, haceos amigo del pueblo.

—Según eso, ¿el pueblo es mejor que la nobleza, Paciencia? Decidme la verdad, puesto que sois un sabio.

—El pueblo vale más que la nobleza, porque la nobleza le veja, y él la tolera, pero tal vez no la tolerará siempre. En fin, es menester que lo sepais, ¿veis bien esas estrellas? Jamás variarán, siempre estarán en el mismo sitio y derramarán tanta luz dentro de diez mil años como hoy. Pero antes de cien años, y mucho menos tal vez, habrá muchas variaciones sobre la tierra. Creed á un hombre que piensa en la verdad y no se deja estraviar por los fuertes vientos de los bosques. El pobre ha sufrido bastante, se volverá contra el rico, y caerán los castillos, y las tierras serán despedazadas.

Yo no veré esto, pero vos sí; diez cabañas ocuparán el sitio de este parque, y diez familias vivirán con su renta. No habrá criados, ni amos, ni villanos, ni señores. Habrá nobles que gritarán muy alto y no cederán sino á la fuerza, como hubieran hecho vuestros tios si hubieran vivido, y como hará M de la Marche á á pesar de sus hermosos discursos. Habrá quienes se sacrifiquen generosamente, como Edmunda, y co-

mo vos si escuchais á la prudencia. Y entonces convendrá á Edmunda tener por marido á un hombre y no à una rama de lirio. Entonces convendrá que Bernardo sepa manejar el arado, ó matar un venado para alimentar á su familia, porque el viejo Paciencia vacera bajo la verba del cementerio, y no podrá devolver à Edmunda los servicios que de ella ha recibido. No os riaís de lo que digo, joven, porque es la voz de Dios la que dice esto. Mirad el cielo. Las estrellas viven en paz, y nada altera su órden eterno. Las grandes no se comen á las pequeñas, y ninguna se lanza sobre sus vecinas. Tiempo vendrá en que reine el mismo órden entre los hombres. El viento del señor barrerá á los malos. Asegurad vuestras piernas, Sr. Mauprat, à fin de manteneros de pié, y sostener á Edmunda; Paciencia es quien os lo advierte. Paciencia que no os desea sino el bien; pero habrá otros que querran el mal, y es menester que los buenos se hagan fuertes.

Hablando así llegamos hasta la choza de Paciencia en cuya entrada se detuvo, y apoyando la una mano en los hierros de la verja y accionando con la otra, siguió declamando con energía; su mirada brillaba como el fuego, su frente estaba bañada de sudor, su palabra tenía cierto poder como la de los antiguos profetas, y la sencillez más que plebeya de su vestido realzaba más la altivez de su gesto y la unción de su voz. La revolución francesa ha hecho ver des-

pues que había en el pueblo fogosas elocuencias y una implacable lógica; pero lo que en aquel momento veía yo era tan nuevo para mí, y me causó tal impresión, que mi imaginación desordenada y sin freno, se dejó arrastrar á los terrores supersticiosos de la infancia. Paciencia me alargó la mano, y yo le di la mía con más espanto que simpatía. El fechicero de la torre de Gazeau, suspendiendo sobre mi cabeza el mochuelo ensangrentado, acababa de pasar por delante de mis ojos.

XI

Cuando abrumado de cansancio desperté al siguiente día, me parecieron un sueño todos los incidentes de la vispera. Creí que Edmunda, al hablarme de su casamiento conmigo, había querido retrasar indefinidamente mis esperanzas por medio de una pérfida promesa, y en cuanto al efecto de las palabras del hechicero, no las recordaba sin una profunda humillación. Sea de esto lo que quiera, el resultado es que el efecto estaba producido. Las emociones de aquel día habían dejado en mí una lucha indeleble: ya no era yo el hombre do la vispera y jamás volvería á ser completamente el de la Roca de de Mauprat.

Era tarde, y había reparado por la mañana solamente las horas de mi insomnio. No me había levantado todavía y ya oia piafar en el patio el caballo de Mr. de la Marche. Todos los días llegaba aquella hora; todos los días veía á Edmunda al mismo tiempo que yo, y aquél día aquel mismo día en que había querido persuadirme que contase con su mano, Mr. de la Marche iba á estampar antes que yó su desabrido beso en equella mano que me pertenecía.

Este pensamiento despertó todas mis dudas, ¡Cómo Edmunda toleraba sus frecuentes visitas y la libertad que en ellas se tomaba, si realmente tenía intencióu de casarse con otro! ¡Tal vez no se atrevía á alejarlo? ¡Tal vez me tocaba á mi hacerlo? Yo no sabía los usos y costumbres de la sociedad en que acababa de entrar, El instinto me aconsejaba que me abandonaseá mis impetuosas inspiraciones, y el instinto hablaba alto.

Vestime apresuradamente. Entré en el salón pálido y en desórden. Edmunda estaba pálida tambien. La mañana estaba lluviosa y fresca. Habían encendido lumbre en la gran chimenea Recostada en su poltrona calentaba sus pequeños pies dormitando. Esta era la actitud negligente y fría que había tenido durante su enfermedad. Mr. de la Marche estaba leyendo la Gaceta al otro lado del S. lón. Al ver á Edmunda más abatída que yo por las emociones de la vispera, sentí calmarse mi cólera, y acercándome á ella me senté sin hacer ruido y la miré con enternecimiento

-¿Soy vos, Bernardo? me dijo sin moverse y sin